



# John Wayne: el último héroe americano

*John Wayne: the last American hero*

■ Juan Tejero

■ Con los dedos de una sola mano se puede contar el número de estrellas que a lo largo del tiempo han convertido en inútil cualquier juicio de valor sobre su talento o contribución objetiva al arte del cine para, erigiéndose en símbolo fundamental de un estereotipo cinematográfico, acabar sobreviviendo en la memoria colectiva con la simple fuerza de un nombre legendario. En las primeras posiciones de esta exigua compañía de elegidos se encuentra John Wayne.

Cierto que sus interpretaciones no fueron más sutiles que las de otras estrellas. Cierto que sus filmes constituyeron materiales no siempre excepcionales que él supo redimir con su sola presencia. Y cierto también que los actores de cine de acción tienen un público fiel; en general, los seguidores de *Duke* —como le llamaban sus amigos— suelen ser menos exigentes que, por ejemplo, los de Marlon Brando. Pero no es menos cierto que los años han hecho justicia a *Duke*, demostrando que en el *western* y en la aventura poseía esa cualidad etérea, indefinible, que es privilegio de los grandes del género. Probablemente no hubiera podido encarnar a Hamlet en el teatro, pero en la pantalla evidenció una eficacia que actores más reconocidos en su tiempo no logran transmitir hoy día. Por eso, cuando se le define como un “animal” cinematográfico, se le está catalogando como una personalidad que jamás habría prosperado en cualquier otro medio.

Wayne perteneció a la raza gloriosa de los actores que no necesitaron método alguno para triunfar. Sus mejores composiciones son el fruto de su pasmosa naturalidad, ali-

---

El autor fundó en 1992 la revista *Cinerama*, que dirigió durante nueve años, y en 1998 T&B Editores ([www.cinemitos.com/tbeditores/Paginas/home.asp](http://www.cinemitos.com/tbeditores/Paginas/home.asp)). Desde la fundación de T&B compañía la labor de dirección de la editorial con la de escritor, así como la colaboración en diversos programas de radio y televisión. Es autor de numerosos artículos y libros. Acaba de publicar: *John Wayne. El vaquero que conquistó Hollywood* (T&B Editores, 2007).

mentada por una vitalidad y un encanto poco comunes entre las estrellas de su tiempo. Nunca hubo en él un asomo de literatura; nunca un ápice de teatralidad. Desde los párpados a los estribos, puro ritmo. John Wayne es, sin duda, el actor por excelencia.

Tenía un rostro apuesto y franco, con arrugas alrededor de los ojos y unos párpados demasiado gruesos para permitir a su mirada expresar demasiada emoción, pero tenía pinta de hombre de acción, de piel curtida, duro y masculino: bebedor, impaciente con los hombres, educado con las mujeres. Cuando aparecía ante el espectador transmitía una sensación de vigor agazapado que sólo necesitaba una provocación para saltar. Su actitud y sus papeles eran los de un hombre lacónico que no quería problemas, aunque, llegado el caso, cogía el toro por los cuernos y ya no lo soltaba. John Ford y Howard Hawks explotaron esta cualidad de manera inmejorable.

Lamentablemente, la crítica nunca se puso de acuerdo respecto a sus posibilidades como intérprete. En muchas ocasiones se le reprochó su falta de versatilidad. En otras, los críticos se limitaron a elogiar su adecuación al *western*. Para ellos fue sólo el emblema del género predilecto de los americanos. Pero, ¿qué fue John Wayne a fin de cuentas? ¿Un gran actor? ¿Una leyenda? ¿Un intérprete discreto redimido por una poderosa personalidad?

Estas preguntas, origen de grandes polémicas que hicieron correr ríos de tinta décadas atrás, son hoy innecesarias. *Duke* no sólo era un gran actor. Era, con certeza, uno de los mejores actores del mundo. Pero Wayne fue algo más que eso. Mucho más. Fue parte del cine a lo largo y ancho de kilómetros de celuloide. El cine que no inventó Lumière, sino que inventaron después algunos aventureros en California y Arizona. Y si otras estrellas le superaron en talento interpretativo, ninguna igualó su personalidad.

## **El astro que llegó en *La diligencia***

Antes de que el mundo le conociera por el nombre de John Wayne, *Duke* Morrison (nacido el 26 de mayo de 1907 en Winterset, Iowa) terminó sus estudios secundarios en la Glendale High School de California y obtuvo una beca deportiva para estudiar en la University of Southern California. Como tantos compañeros, solía aprovechar sus vacaciones para trabajar en los estudios de cine como extra o maquinista. De ahí, pasó a aparecer fugazmente ante la cámara en varias películas mudas. Algunas las dirigía John Ford: el cineasta que habría de marcar su carrera.

En 1930, Ford le recomendó para el rol protagonista del *western* *La gran jornada* (*The Big Trail*), un proyecto de la Fox que Raoul Walsh se iba a encargar de dirigir. Aunque la pronunciación de sus frases no era siempre muy acertada —pocos actores tenían confianza en sí mismos en aquellos primerísimos días del sonoro—, lo cierto es que *Duke* daba el tipo. Para aquéllos que sólo conozcan la figura curtida y corpulenta de sus años de madurez, podría ser difícil reconocer al esbelto y apuesto joven que era en aquellos tiempos.



*John Wayne 1959 (cortesía del autor).*



La diligencia, 1939 (cortesía del autor).

Aquel fue el comienzo de un ingrato y prolongado período de aprendizaje que consistió en aceptar todos los papeles protagonistas disponibles en la prolífica cantera del *western* de serie B. Tantos que, a la postre, en el futuro ni el mismo Wayne iba a poder calcular aproximadamente el número de producciones de este tipo en que intervino. Presupuestos pequeños, a veces para un solo caballo, malos guiones y peor calidad de filmación, le sirvieron para aprender a fondo el oficio de *cowboy*. Y cuando ya parecía que iba a tener que conformarse con su destino de estrella de Povert Row (la zona ocupada por las compañías que hacían películas de bajo presupuesto), el destino —o John Ford, para ser más exactos— le puso en su camino una oportunidad única: el papel de Ringo Kid en *La diligencia* (*Stagecoach*, 1939). La película fue un gran éxito e hizo que el público se fijara en la espontánea gracilidad de su joven protagonista, que de la noche a la mañana se convirtió en un gran héroe del cine del Oeste.

La Segunda Guerra Mundial supuso un período de gran actividad profesional para el actor. Mientras otras estrellas de Hollywood luchaban en el frente, *Duke* aprovechó

una serie de prórrogas militares para construirse una carrera muy lucrativa haciendo de héroe. Técnicamente, su edad y sus responsabilidades como padre de familia le excluían del servicio. Pero dependiendo de si la fuente era amiga o enemiga del astro, se podía leer que fue una tragedia para él que un problema de oído le apartara del servicio, o que era demasiado hipócrita para llevar a la práctica aquello que predicaba.

Irónicamente, por supuesto, el chico duro de la mayoría de los filmes de los cuarenta, en especial los *westerns* y las películas de guerra, modelaron la imagen cultural de Wayne. De 1940 a 1945, *Duke* rodó veintidós filmes. En cinco de ellos cambió el atuendo de vaquero por el uniforme militar, convirtiéndose en el héroe cinematográfico más recordado de aquel período, epítome del valor en combate y el heroísmo. Esta imagen quedó tan prendida en la conciencia norteamericana que, finalmente, el Ejército y los marines advirtieron a los soldados que entrenaban que no debían intentar seguir las heroicidades de “John Wayne”. Su misión en Hollywood era mantener alta la moral. Y no falló. Su nombre llegó a ser extraordinariamente popular entre los combatientes estadounidenses, hasta el punto que algún periodista llegó a a escribir: «¿Cómo hemos podido ganar la guerra sin John Wayne?»

## De estrella a superestrella

Aunque los elementos que componían su imagen ya estaban muy presentes en *Hombres intrépidos* (*The Long Voyage Home*, 1940), John Ford no exploró todas sus posibilidades hasta después de la contienda, cuando el director empezó a introducir nuevos matices en el tono general de su obra a través de las tres películas de la “trilogía de la caballería”: *Fort Apache* (1948), *La legión invencible* (*She Wore a Yellow Ribbon*, 1949) y *Río Grande* (*Rio Grande*, 1950). En ellas, la imagen de *Duke* alcanzó su máxima expresión, redefiniendo en el proceso el género del Oeste y convirtiendo a la estrella ya consagrada en un icono para sus compatriotas. Curiosamente, Ford también le dio un papel fundamental en películas en las que el cineasta renunció por completo a la civilización para refugiarse en la historia de Irlanda (*El hombre tranquilo* [*The Quiet Man*, 1952]) o en un país de nunca jamás sito en los Mares del Sur (*La taberna del irlandés* [*Donovan's Reef*, 1963]).

Pero donde Ford empleó de forma definitiva al actor es en *Centauros del desierto* (*The Searchers*, 1956) y en *El hombre que mató a Liberty Valance* (*The Man Who Shot Liberty Valance*, 1962). En la primera, quizás el título más valioso en la filmografía del cineasta de origen irlandés, le hizo ahondar en la figura del héroe desarraigado (Ethan Edwards, un hombre temible pero patético en su incapacidad para integrarse en la sociedad); en la segunda le hizo personificar los valores perdidos de un Oeste mítico al que la civilización que él mismo contribuyó a construir ha puesto fecha de caducidad.

Howard Hawks fue otro pilar indiscutible en la carrera de John Wayne. El “viejo zorro plateado” terminó de explotar un poderío que siempre estuvo allí. Faltaba pulir-



*Centauros del desierto, 1956 (cortesía del autor).*

lo y darle algo más de lustre. Nada más. Y las imágenes de *Río rojo* (*Red River*, 1948) harían el resto: con la interpretación ofrecida en la piel del antipático e inflexible Tom Dunson, que sólo cabe calificar de magistral, los críticos depusieron por primera vez su actitud de indiferencia. El estoicismo del personaje, su seguridad en sí mismo y su fe en su infalibilidad moral se exacerbaban en *Río Bravo* (*Rio Bravo*, 1959). *Duke* tiene la traza y el acento necesario para bordar un papel cortado a su medida, un *sheriff* valiente, íntegro y tímido con las mujeres, que él resuelve con un baño de sorprendente sencillez, casi sin transmitir sensación de esfuerzo. Su majestuosa figura, con el fusil al hombro, es una imagen-sello, un icono de la historia del cine.

Caso aparte es *El Alamo* (*The Alamo*, 1960). Hicieron falta muchos años y mucho dinero para preparar y terminar esta grandiosa epopeya. Fue un proyecto largamente acariciado que paralizó las energías de Wayne como productor, director y actor; puso en peligro su reputación profesional, y agotó su fortuna personal. Infravalorada en su momento, pero afortunadamente rescatada más tarde por la crítica, *El Alamo* no es sólo uno de los filmes más populares de *Duke*, sino que bajo su pátina de superproducción multimillonaria en dólares se esconde la historia del tremendo esfuerzo que para él supuso cantar la gesta de un reducido grupo de hombres dispuesto a dar su vida en la lucha por la independencia de Texas: pura épica, pura tragedia, puro romance.

A lo largo de los siguientes quince años (hasta su última película en 1976), el actor vagabundó con desgana en un Hollywood que ya no reconocía como suyo. Rodó veintiocho filmes, y ganó mucho dinero en cada uno de ellos. Pero salpicando estos años de actuaciones rentables hay también unas cuantas que surgen por encima de las demás. Es el caso de *¡Hatari!* (*Hatari!*, 1962) y *El Dorado* (1967), otra vez con Howard Hawks. En ellas, *Duke* converge —como personaje y como actor— en atractivos retratos de hombres que han madurado más allá de la heroicidad.

## “C” de Coraje: la gran batalla de Duke

Puede que John Wayne fuera el inmortal *Duke* para los aficionados al cine e incluso para algunos de sus amigos, pero cinco o seis paquetes de cigarrillos al día no es una receta para gozar de buena salud. La amenaza terminó por convertirse en una realidad cuando al actor le diagnosticaron un cáncer. Lo más extraordinario acerca de su lucha contra la terrible “C” es su coraje a la hora de enfrentarse a la enfermedad y su decisión de hacerla pública. Algunos de sus biógrafos consideran que ésta ha sido la mejor actuación de Wayne.

La pesadilla comenzó como empiezan todas las pesadillas que tienen como protagonista al cáncer: una revisión, una sombra sospechosa, un tumor en el pulmón, un diagnóstico fatal: ¡maligno! *Duke*, qué duda cabe, era humano. Descubierta la dolencia, el astro se puso en manos del doctor John E. Jones y el equipo quirúrgico del Hospital del Buen Samaritano en Los Ángeles. La operación se realizó el 17 de sep-

tiembre de 1964. Según los boletines médicos, Wayne permaneció cuatro horas y media sometido al bisturí del cirujano. El tumor era del tamaño de una pelota de golf. Los médicos extirparon el pulmón izquierdo, parte del pulmón derecho y una costilla. La buena noticia era que el cáncer no se había extendido.

Hasta entonces, los más cercanos consejeros de Wayne habían tratado de ocultar la naturaleza de su enfermedad a la prensa. Después de la intervención, su productora, Banjac, emitió un comunicado explicando que *Duke* estaba en el Buen Samaritano para reparar una antigua lesión en el tobillo. Pero si había una cosa que el actor odiaba era engañar a la gente. Decidió que era el momento de hacerlo público. Compareció ante el público y demostró a todo el mundo que un hombre puede luchar contra esa temible dolencia. También apoyó vigorosamente la investigación contra la enfermedad en anuncios que expresaban cómo «había vencido a la “Gran C”», evocando claramente su reputación como héroe que podía vencer a todos los “tipos malos”. Su testimonio contribuyó a recaudar millones de dólares para la investigación privada del cáncer.

La otra batalla que tuvo que librar *Duke* en los convulsos años sesenta fue la de la política. Las inclinaciones ideológicas del actor eran bien conocidas. Era un republicano conservador mucho antes de que esto estuviera de moda. En la época del macarthismo contribuyó a fundar la Motion Picture Alliance for the Preservation of American Ideals y acabó siendo el presidente del grupo. Y en los años cincuenta unió esfuerzos con Walt Disney, Clark Gable y otros artistas para ayudar al Comité de Actividades Antiamericanas a sacar a la luz a los comunistas que poblaban la industria del cine. Su admiración, tantas veces confesada, por el senador McCarthy revelaba una mentalidad obstinada y no tan infrecuente, pero hasta sus detractores reconocían la valentía con que defendía sus convicciones.

Partidario de la mano más dura, *Duke* hizo de la guerra del Vietnam su causa personal y rindió homenaje en Technicolor a este conflicto produciendo, codirigiendo y protagonizando *Boinas verdes* (*The Green Berets*, 1968). Esta película fue para muchos un deslumbrante homenaje al Ejército norteamericano y un alegato anticomunista para tantos otros. Lo que nadie ponía en duda es que se trataba de una enconada defensa de la intervención estadounidense en el continente asiático.

## El último hurra

En 1969, después de haber sido durante diecinueve años consecutivos una de las atracciones de la lista de los diez actores más taquilleros de Hollywood, la cotización de John Wayne rebasaba el millón de dólares, más la participación en los beneficios, pero no podía decirse lo mismo de su reconocimiento artístico, que seguía huérfano de premios. Este olvido quedó rectificado cuando sus colegas de profesión le concedieron el Oscar al Mejor Actor por su interpretación de Rooster Cogburn, el *marshal* tuerto, mascador de tabaco, bebedor empedernido y con una excelente

puntería en *Valor de ley* (*True Grit*, 1969). Esta cinta le valió las mejores críticas de su carrera.

No era fácil vencer a *Duke*, ni en su vida ni en el cine. Para acabar con su personaje, Don Siegel hizo que le mataran por la espalda. Un tiro a traición. Sabía que cara a cara nadie podía vencerle; su revólver era el más rápido del Oeste. *El último pistolero* (*The Shootist*, 1976) fue una despedida muy apropiada. En esta historia, claramente autobiográfica, de un pistolero que está enfermo de cáncer y prefiere morir disparando con las botas puestas, Wayne ofreció una interpretación madura y reflexiva, con la que nos permite adivinar que sabía perfectamente que entre él y su personaje había bastantes puntos en común.

La segunda crisis provocada por el cáncer comenzó en enero de 1979, cuando se sometió a una operación de vesícula de poca importancia, según la versión oficial. Ingresó en el Medical Center el 10 de enero y dos días después se le extraía el estómago en una operación de nueve horas, tras descubrirse un tumor canceroso en el abdomen. De nuevo se recuperó, y aunque los estragos de la enfermedad eran imposibles de disimular, todavía tuvo fuerzas para acudir a la entrega de los premios de la Academia en abril de 1979. El solo hecho de acudir a la ceremonia, enfermo de cáncer, y presentarse ante el público norteamericano y sus compañeros de profesión como una delgada y envejecida figura, ya fue una heroicidad. Así lo reconoció todo el mundo. Cuando subió al escenario a entregar el Oscar a la Mejor Película a *El cazador* (*The Deer Hunter*), el público del Dorothy Chandler Pavillion se puso de pie y le dedicó los mayores aplausos de la noche. El *cowboy* por excelencia del cine, totalmente emocionado, confesó que tal ovación era para él «el mejor y más eficaz remedio».

Wayne volvió a ser ingresado el 2 de mayo en el Centro Médico de la UCLA para someterse a su segunda operación de cáncer del año. En esta intervención se le extrajo parte del intestino. Empezaba su último combate contra la muerte. Pero los médicos poco podían hacer ya por su vida, salvo esperar el fatal desenlace. Ni siquiera pudieron llevar a cabo, dada su extrema debilidad, el tratamiento de quimioterapia experimental que habían acordado con el paciente. *Duke* falleció el 11 de junio de 1979. Tenía 72 años.

Machista, conservador, belicista, Wayne fue toda su vida un hombre honesto, que no traicionó sus ideales ni sus convicciones y que aplicó hasta el final de su vida los tres consejos que un día le diera su padre: “Mantén siempre tu palabra, no insultes a nadie y no busques jamás pelea, pero si te provocan llega hasta el final”. Consejos que también hacía suyos su último personaje cinematográfico, John Bernard Books, cuyo lema era: “No seré engañado. No seré insultado y no dejaré que me pongan la mano encima. No hago ninguna de estas cosas a los demás, y exijo lo mismo de ellos”.